

3

COSITAS ANTIGUAS

Los Bailes de Tacón

NO pensamos hacer creer a nuestros lectores que nosotros pudimos presenciar aquellos bailes de Tacón que se celebraban los domingos de Carnaval en el viejo coliseo que construyera Pancho Merty, bautizándolo con el nombre del capitán general español de ingrata recordación.

Tales acontecimientos tuvieron lugar en los últimos años de la colonia y en los primeros de la etapa republicana y han llegado hasta nosotros por la vía de la referencia. Nos fué imposible, pues, admirar y aplaudir a Ricardo Vallera y al gallardo "Polvorin" en sus criollísimas interpretaciones de la danza y el danzón, y sólo los alcanzamos en sus postrimerias, cuando ya lo único que no habían perdido, como buenos bailarores, era el compás y se veían sucedidos por aquel sargento Ortega, que gozó fama de tal, antes de ser nombrado supervisor militar del Instituto de La Habana en tiempos de Machado.

Los bailes de Tacón que nosotros pudimos disfrutar a pulmón pleno, eran aquellos que se celebraban en iguales fechas en el moderno "Nacional", pero que conservaban su pristina calificación, más que como un sentimiento de homenaje al pasado, como una adoración a la taquilla, desde el punto de vista comercial.

X X X X X X

De las primitivas fiestas carnavalescas sólo quedaba entonces la "araña luminosa", que pendía del techo como originalmente sucedía; algunos viejos que se sentaban alrededor de la platea convertida en amplio salón de baile, con objeto de recordar mejores tiempos y aun de "echar un cedazo" a despecho del reuma importuno y varias veteranas bailaroras —Caridad Bisté, Amparo Machete— que bajo el negro capuchón, ocultaban los restos de una pretérita belleza.

¡El capuchón negro! Quizás algunos estilistas le llamen "dominó", pero para los que conocieron de esa indescriptible sensación de estrechar entre sus brazos, a los acordes de "Tres Lindas Cubanas" o "Virgen de Regla", ejecutadas por las aun supervivientes orquestas de Valenzuela y Corbacho, a una mujer que ocultaba su identidad bajo semejantes telas que tenían para todos el respeto de hábito religioso, siempre será denominado capuchón.

Bailar con una encapuchada no resulta ciertamente, igual que bailar con otra mujer que por bella que sea se nos presente con su traje habitual o muy festuoso. Todo ese ambiente de misterio que en todos los momentos ha ejercido gran influencia sobre el hombre para envolverlo al apretar junto así un cuerpo femenino con ribetes de K. K. K. Todas las miradas se nos antojan más deslumbradoras, todas las sonrisas más incitantes, todas las voces más melifluas bajo el sortilegio del antifaz.

¡Que grata noche de grandes emociones que va de la frase galana al gesto brusco, para tratar de saber si es cierta toda la bella ilusión que nos hemos forjado en nuestra mente!

A veces, esta resulta pálida ante la realidad, pero en ocasiones el fiasco más decepcionante epiloga aquellas horas que creíamos inolvidables.

X X X X X X



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

3

2

De una manera o de otra, ya avanzada la madrugada el baile bulle en toda su alegría. El salón repleto de parejas creyendo atraer sobre sí la atención de los espectadores al marcar "pasillos" exóticos; en las cantinas el licor acelera el ritmo del enloquecedor bullicio y en los palcos suele verse personas que esquivando también su personalidad, disfrutan pasivamente del espectáculo. Son, seguramente matrimonios decentes, de sociedad. El esposo ha querido satisfacer la curiosidad de su compañera y al mismo tiempo demostrarle que era más bien obra de la fantasía todo lo que de pecaminoso el rumor popular le atribuía a aquellos cubanísimos bailes de Tacón.

Ya amanece. Se ha iniciado el desfile. Todavía el cornetín deja oír sus postreros "para, para papá", y aun la alegría se mantiene firme. Las últimas parejas abandonan el salón y pronto habrá terminado aquel baile, que para los viejos de otras épocas ha constituido un grato remanso de recuerdo y para el joven, que toda la noche tuvo entre sus brazos a una mujer que después despreció entre la concurrencia, sin haberse dado a conocer, un motivo de eterna inquietud.

Quien nunca ha bailado en una fiesta carnavalesca con una mujer que bajo el capuchón, no dejó admirar siquiera el verdadero timbre de su voz, ha dejado de apurar uno de los momentos más felices de la existencia humana.

Carlos Robreño

M, junio 17/56



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA